

Paulo Coelho



El manuscrito
encontrado en Accra

No hay arma más poderosa que las palabras

ISBN 978-84-233-2211-1

14 de julio de 1099. Mientras Jerusalén se prepara para la invasión de los cruzados, un griego conocido como el Copto convoca al pueblo, jóvenes y viejos, hombres y mujeres, a reunirse junto a él.

¿Qué valores quedan cuando todo ha sido destruido?

«Nadie sabe lo que nos reserva el mañana, porque cada día llega con el mal y con el bien. Así pues, al preguntar lo que deseáis saber, olvidad las tropas que están fuera de la ciudad y el miedo que está dentro de ella. Hablaremos, en cambio, de nuestra vida cotidiana, de las dificultades que debemos afrontar».

Mientras esperan el ataque enemigo, las gentes le preguntan acerca de la derrota y la soledad, la lucha y el cambio, la belleza, cómo encontrar el propio camino. Y después, sobre el amor y la lealtad, el destino, el sexo y la elegancia, el miedo y la ansiedad, la sabiduría y, también, lo que aguarda en el futuro... Y las respuestas que obtuvieron siguen siendo válidas ahora, mil años después.

Ellos preguntaron. El Copto contestó.

Oh, María, sin pecado concebida, ruega
por nosotros, que recurrimos a Ti. Amén.

Para N. S. R. M., en agradecimiento por el
milagro, y para Mônica Antunes, que nunca ha
desperdiciado sus bendiciones

Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad
más bien por vosotras y por vuestros hijos.

LUCAS 23, 28

PREFACIO Y SALUDO

En diciembre de 1945, dos hermanos que buscaban un lugar para descansar encontraron una urna llena de papiros en una cueva en la región de Hamra Don, en el Alto Egipto. En vez de avisar a las autoridades locales —como exigía la ley—, decidieron venderlos poco a poco en el mercado de antigüedades, y de esta manera evitaron llamar la atención del gobierno. La madre de los muchachos, temiendo la influencia de «energías negativas», quemó varios de los papiros recién descubiertos.

Al año siguiente, por razones que la historia no ha registrado, ambos hermanos se pelearon. Atribuyendo el hecho a dichas «energías negativas», la madre le entregó los manuscritos a un sacerdote, que vendió uno de ellos al Museo Copto de El Cairo. Allí los pergaminos recibieron el nombre que han tenido hasta hoy: manuscritos de Nag Hammadi (una referencia a la ciudad más cercana a las cuevas donde los hallaron). Uno de los peritos del museo, el historiador religioso Jean Doresse, entendió la importancia del hallazgo y lo citó por primera vez en una publicación de 1948.

Los demás pergaminos empezaron a aparecer en el mercado negro. En poco tiempo, el gobierno egipcio se dio cuenta de lo importantes que eran e intentó impedir que saliesen del país. Después de la revolución de 1952, la mayor parte del material fue entregado al Museo Copto de El Cairo y declarado patrimonio nacional. Sólo un texto escapó del cerco y apareció en la tienda de un anticuario belga. Hubo inútiles tentativas de venderlo en Nueva York y París, hasta que finalmente, en 1951, lo adquirió el Instituto

C. G. Jung. Con la muerte del famoso psicoanalista, el pergamino, ahora conocido como códice Jung, regresó a El Cairo, donde hoy están reunidas cerca de mil páginas y fragmentos de los manuscritos de Nag Hammadi.

Los papiros encontrados son traducciones griegas de textos escritos entre el final del primer siglo de la era cristiana y el año 180 d. J.C., y constituyen un conjunto de textos también conocidos como Evangelios Apócrifos, ya que no se encuentran en la Biblia tal cual la conocemos hoy.

¿Por qué razón?

En el año 170 d. J.C., un grupo de obispos se reunió para definir qué textos iban a formar parte del Nuevo Testamento. El criterio fue simple: había que incluir todo aquello que pudiese combatir las herejías y las divisiones doctrinarias de la época. Seleccionaron los actuales Evangelios, las cartas y todo lo que tenía una cierta «coherencia», digamos, con la idea central de lo que creían que era el cristianismo. La referencia a la reunión de obispos y la lista de libros aceptados se encuentran en el desconocido canon de Muratori. Los otros libros, como los encontrados en Nag Hammadi, quedaron fuera de dicha lista porque presentaban textos de mujeres (como el Evangelio de María Magdalena) o porque revelaban a un Jesús consciente de su misión divina, lo que habría convertido su paso por la muerte en algo menos terrible y doloroso.

En 1974, un arqueólogo inglés, sir Walter Wilkinson, descubrió cerca de Nag Hammadi otro manuscrito, esa vez en tres idiomas: árabe, hebreo y latín. Conocedor de las reglas que protegían los hallazgos en la región, envió el texto al Departamento de Antigüedades del Museo de El Cairo. Poco tiempo después llegó la respuesta: había por lo menos 155 copias de aquel documento circulando por el mundo (tres de las cuales pertenecían al museo) y todas eran prácticamente iguales. Las pruebas con carbono 14 (utilizado para averiguar la antigüedad de materiales orgánicos) revelaron que el pergamino era relativamente reciente, po-

siblemente del año 1307 de la era cristiana. No fue difícil descubrir que el texto provenía de la ciudad de Accra, fuera del territorio egipcio. Por lo tanto, no había restricción alguna para sacarlo del país, y sir Wilkinson recibió permiso por escrito del gobierno de Egipto (Ref. 1901/317/IFP-75, fechado el 23 de noviembre de 1974) para llevarlo a Inglaterra.

Conocí al hijo de sir Walter Wilkinson la Navidad de 1982, en Porthmadog, en el País de Gales, Reino Unido. Recuerdo que mencionó el manuscrito encontrado por su padre, pero ninguno de los dos le dio mucha importancia al asunto. Mantuvimos una relación cordial a lo largo de todos esos años, y tuve la oportunidad de verlo por lo menos otras dos veces cuando visité el país para promocionar mis libros.

El día 30 de noviembre de 2011 recibí una copia del texto del que me había hablado en nuestro primer encuentro. Paso ahora a transcribirlo.

Me gustaría mucho
comenzar estas líneas
escribiendo: «Ahora que estoy
al final de mi vida, dejo para los
que vengan después todo lo que
aprendí mientras caminaba por
la faz de la Tierra. Haced un
buen uso de ello».

Pero, lamentablemente, eso no es verdad. Tengo sólo veintiún años, unos padres que me dieron amor y educación, y una mujer a la que amo y que me ama. Sin embargo, la vida se encargará de separarnos a todos mañana, cuando cada uno deba partir en busca de su camino, de su destino o de su manera de afrontar la muerte.

Para nuestra familia hoy es el día 14 de julio de 1099. Para la familia de Yakob, mi amigo de la infancia, con quien solía jugar por las calles de esta ciudad de Jerusalén, estamos en 4859. A él le gusta decir que la religión judía es más antigua que la mía. Para el respetable Ibn al-Athir, que se ha pasado la vida intentando registrar una historia que ahora llega a su fin, está a punto de terminar el año 492. No estamos de acuerdo en las fechas ni en la manera de adorar a Dios, pero en todo lo demás la convivencia ha sido muy buena.

Hace una semana, nuestros comandantes se reunieron: las tropas francesas son infinitamente superiores a las nuestras y están mejor equipadas. A todos se les dio a escoger: abandonar la ciudad, o luchar hasta la muerte. Porque, seguramente, nos derrotarán. La mayoría decidió quedarse.

Los musulmanes están en este momento reunidos en la mezquita de Al-Aqsa, los judíos escogieron el Mihrab Dawud para concentrar a sus soldados, y a los cristianos, dispersos en muchos barrios, se les ha encomendado la defensa del sector sur de la ciudad.

Fuera ya podemos ver las torres de asalto, construidas con la madera de barcos especialmente desmontados para ello. Por el movimiento de las tropas enemigas, imagina-

mos que mañana por la mañana atacarán y derramarán nuestra sangre en nombre del papa, de la «liberación» de la ciudad, de la «voluntad divina».

Esta tarde, en el atrio donde hace un milenio el gobernador romano Poncio Pilatos entregó a Jesús a la multitud para que lo crucificasen, un grupo de hombres y mujeres de todas las edades ha ido al encuentro del griego que aquí todos conocemos como el Copto.

El Copto es un tipo extraño. Decidió dejar su ciudad natal de Atenas cuando era un adolescente para ir en busca de dinero y aventuras. Terminó llamando a las puertas de nuestra ciudad casi muerto de hambre y, al sentirse bien acogido, poco a poco abandonó la idea de continuar su viaje y decidió instalarse aquí.

Consiguió empleo en una zapatería y —al igual que Ibn al-Athir— empezó a registrar para el futuro todo aquello que veía y escuchaba. No intentó unirse a ninguna práctica religiosa, y nadie intentó convencerlo de lo contrario. Para él no estamos ni en 1099 ni en 4859, y mucho menos al final del año 492. En lo único en lo que cree el Copto es en el momento presente y en lo que él llama Moira: el dios desconocido, la Energía Divina, responsable de una ley única que no puede ser contravenida jamás, porque entonces el mundo desaparecería.

Al lado del Copto estaban los patriarcas de las tres religiones seguidas en Jerusalén. No apareció ningún gobernante mientras duró la charla, pues estaban demasiado preocupados con los últimos preparativos para ejercer una resistencia que creemos totalmente inútil.

«Hace muchos siglos, un hombre fue juzgado y condenado en esta plaza —comenzó el griego—. En la calle de la derecha, mientras caminaba hacia la muerte, se cruzó con un grupo de mujeres. Al ver que lloraban, dijo: "No lloréis por mí, llorad por Jerusalén". Profetizaba lo que está sucediendo ahora. A partir de mañana, lo que era armonía se convertirá en discordia. Lo que era alegría quedará sustitui-

da por el luto. Lo que era paz dará lugar a una guerra que se extenderá por un futuro tan lejano que ni siquiera podemos imaginar su final».

Nadie dijo nada, porque ninguno de nosotros sabía exactamente qué hacía allí. ¿Íbamos a tener que escuchar otro sermón más sobre los invasores que se hacían llamar a sí mismos «cruzados»?

El Copto saboreó un poco la confusión que se había instalado entre nosotros. Y, después de un largo silencio, decidió explicarse:

«Pueden destruir la ciudad, pero no conseguirán acabar con todo aquello que ésta nos ha enseñado. Por eso, es preciso que ese conocimiento no tenga el mismo destino que nuestras murallas, casas y calles. Pero ¿qué es el conocimiento?»

Como nadie contestó, él continuó:

«No es la verdad absoluta sobre la vida y la muerte, sino aquello que nos ayuda a vivir y a afrontar los desafíos del día a día. No es la erudición de los libros, que simplemente sirve para alimentar discusiones inútiles sobre qué sucedió o qué va a suceder, sino la sabiduría que reside en el corazón de los hombres y las mujeres de buena voluntad».

El Copto dijo:

«Yo soy un erudito y, aunque haya pasado todos estos años rescatando antigüedades, clasificando objetos, anotando fechas y debatiendo sobre política, no sé qué decir. Pero en este momento le pido a la Energía Divina que purifique mi corazón. Vosotros me haréis las preguntas y yo las contestaré. En la Antigua Grecia era éste el modo de aprender de los maestros: sus discípulos les hacían preguntas sobre algo en lo que nunca habían pensado antes, y ellos se veían obligados a contestar».

«¿Y qué haremos con las respuestas?», preguntó alguien.

«Algunos escribirán lo que digo. Otros recordarán las palabras. Pero lo importante es que esta noche partáis ha-

cia todos los rincones del mundo y divulguéis lo que habéis oído. Así, el alma de Jerusalén se preservará. Y un día podremos reconstruirla no sólo como una ciudad, sino como el lugar en el que ha de converger otra vez la sabiduría y donde volverá a reinar la paz».

«Todos nosotros sabemos lo que nos espera mañana — dijo otro hombre—. ¿No sería mejor hablar sobre cómo negociar la paz o de qué modo prepararnos para el combate?»

El Copto miró a los patriarcas, que estaban a su lado, y después se dirigió a la multitud:

«Nadie sabe lo que nos reserva el mañana, porque cada día llega con el mal o el bien. Así pues, al preguntar lo que deseáis saber, olvidad las tropas que están fuera de la ciudad y el miedo que está dentro de ella. Nuestro legado no será decirles a aquellos que heredarán la tierra qué pasó hoy; eso se encargará la historia de hacerlo. Les hablaremos, en cambio, de nuestra vida cotidiana, de las dificultades que nos vimos obligados a afrontar. Al futuro sólo le interesa eso, porque no creo que vaya a cambiar gran cosa en los próximos mil años».

Entonces mi vecino
Yakob le pidió:
«Háblanos sobre la derrota».

¿Puede una hoja, cuando cae del árbol en invierno, sentirse derrotada por el frío?

El árbol le dice a la hoja: «Éste es el ciclo de la vida. Aunque pienses que vas a morir, realmente aún sigues en mí. Gracias a ti estoy vivo, porque pude respirar. También gracias a ti me sentí amado, porque pude dar sombra al viajero cansado. Tu savia está en mi savia, somos una sola cosa».

¿Puede un hombre que se ha preparado durante años para escalar la montaña más alta del mundo sentirse derrotado cuando llega a la falda del monte y descubre que la naturaleza lo ha cubierto con una tempestad?

El hombre le dice a la montaña: «Ahora no me quieres, pero el tiempo cambiará y un día podré subir hasta tu cima. Mientras tanto, sigue ahí esperándome».

¿Puede un joven, al ser rechazado por su primer amor, afirmar que el amor no existe? El joven se dice a sí mismo: «Encontraré a alguien capaz de entender lo que siento. Y seré feliz el resto de mis días».

No hay ni victoria ni derrota en el ciclo de la naturaleza: hay movimiento.

El invierno lucha para reinar soberano, pero al final se ve obligado a aceptar la victoria de la primavera, que trae consigo flores y alegría.

El verano quiere prolongar sus días calientes para siempre, pues está convencido de que el calor es beneficioso para la tierra. Pero termina aceptando la llegada del otoño, que permitirá que la tierra descanse.